

# Cuentos peruanos de la pandemia

JEAN PAUL ESPINOZA

**D**urante los últimos cuarenta años, Ricardo González Vigil ha desempeñado un rol crucial en la producción de antologías literarias en el país. Basta revisar, a modo de ejemplo, los volúmenes de narrativa y poesía que editó con Petroperú a fines del siglo pasado para percatarse de su compromiso con la difusión y valorización de la literatura nacional. Su labor, afortunadamente, se ha visto reafirmada una vez más con su última publicación, *Cuentos peruanos de la pandemia* (2021).

Se trata de una colección de 36 relatos que toman como punto de referencia a la actual crisis sanitaria ocasionada por la Covid-19. Desde luego, aunque con un eje en común, el conjunto despliega distintos temas y estilos que configuran un universo ficcional de múltiples prismas. A este rasgo contribuye sin duda la pluralidad que se evidencia en la selección de autores. Para empezar, varios de ellos pertenecen a generaciones muy distanciadas unas de otras. Asimismo, provienen de diversas regiones del Perú. Por último, conviene destacar el plano del *género* en su doble acepción. Primero, me refiero al género en tanto la muestra, a diferencia de tantas otras, incluye a más de una decena de escritoras (aunque definitivamente se pudo invitar a más para alcanzar la paridad justa). Y segundo, hago alusión al género por cuanto se observa una cantidad considerable de relatos que transitan entre los dominios del realismo, la ciencia-ficción, el policial, lo fantástico, entre otros géneros.

Una lectura atenta permite señalar que la antología se propone construir imaginarios en torno a la relación entre muerte, peste y sociedad. De ahí que las historias presenten a subjetividades en crisis que son situadas ante la fragilidad de la vida íntima y la vida en común. En esas circunstancias, la muerte se torna una presencia acechante que disloca la identidad de los sujetos. Por eso no sorprende que, salvo un par de excepciones, el tono predominante de cada página sea reflexivo y dramático, cuando no trágico. Además, no se brindan perspectivas optimistas frente a los escenarios de desolación. De hecho, ninguno de los relatos postula a cabalidad una utopía feliz y redentora. Lo que se ofrece aquí son ficciones que o bien



## Cuentos peruanos de la pandemia

Ricardo González Vigil  
Mascapaycha Editores  
Lima, 2021  
485 pp.

examinan el presente (para comprender la dimensión de la catástrofe) o bien imaginan un futuro (para proporcionar claves de lo que podría ocurrir).

Un grupo de cuentos resalta por poner de manifiesto la fractura de los vínculos sociales. Particularmente, centran su interés en las tensiones y desigualdades que se han agudizado a partir de la irrupción de la enfermedad. Desde esa lógica, se instaura la pregunta por el papel del *otro*: ¿es en realidad un prójimo o es más bien un extraño? Las historias intentan responder a ese dilema y lo que encuentran es que prevalece la visión según la cual el otro es, principalmente, una potencial amenaza. Entre el miedo y el rechazo, se esboza así el retrato de una sociedad atomizada y en conflicto con la alteridad. Quizá el ejemplo más impactante sea “El hambre dibujado en nuestros rostros” de Pedro Novoa. En menos de diez hojas, se elabora una trama que combina el manejo solvente del suspenso con un análisis de las relaciones de poder en un contexto casi apocalíptico. Los personajes son emplazados en una situación límite donde deben disputar la posesión

del alimento. “Hayson Chuquimango”, de Diego Trelles, indaga en la posición problemática en que se hallan los peruanos que viven en el extranjero y deben trabajar en el fragor de la pandemia. El autor utiliza ese ambiente para representar los fenómenos de clasismo y racismo que operan en desmedro de los migrantes. Mención especial merece “Amelia Cruz de Acero”, de Óscar Colchado, pues expone de forma estremecedora el estado de precariedad en que habitan las comunidades andinas más devastadas por el virus.

Otro grupo de cuentos se caracteriza por explorar los territorios íntimos de la crisis. Se trata de historias que ciernen su mirada sobre la angustia existencial de los sujetos y los desencuentros del espacio familiar. En ambos casos, se transmiten las sensaciones de hastío y aprisionamiento en el hogar. El confinamiento es plasmado como un suceso que produce un desconcierto inicial y, progresivamente, desemboca en un hecho sofocante. Para ello, la mayoría de estos relatos emplean un registro testimonial que da cuenta de esa extraña mezcla entre miedo, tedio y hartazgo. Un caso paradigmático puede advertirse en “Escalera” de Sussane Noltenius. Con una observación precisa, la trama sugiere la desintegración de los lazos familiares a causa de complicaciones que ya habían aparecido tiempo atrás, pero que se intensificaron con el encierro obligatorio. Por su parte, “Bitácora del extravío” de Pedro Ugarte Valdivia prepara un montaje en donde se intercalan las vicisitudes de una pareja de ancianos con las noticias de los medios de comunicación. El relato logra consolidar una atmósfera asfixiante y, en paralelo, consigue irradiar el miedo que experimentan los personajes en su propia casa.

Estos han sido solo unos ejemplos. Ahora bien, tal vez no se muestren en la antología visiones *radicalmente* inéditas sobre la pandemia. Lo cierto es que estamos ante cuentos que no están dispuestos a ser complacientes con el sentido común y, en esa medida, estimulan un cuestionamiento crítico respecto de las condiciones actuales. Ya sea desde la revelación de los antagonismos sociales o la erosión de los entornos privados, estos relatos nos fuerzan a repensar las transformaciones que estamos viviendo y el porvenir que forjamos ahora.